

Secretaría de Prensa

DISCURSO DE S.E. EL PRESIDENTE DE LA REPUBLICA,
D. PATRICIO AYLWIN AZOCAR, ANTE CHILENOS RESIDENTES
EN NUEVA YORK

NUEVA YORK, 28 de Septiembre de 1990.

Estimados compatriotas:

Gracias por esta acogida tan cariñosa. No me había imaginado que hubiera tantos chilenos acá en Nueva York, y siempre que uno se encuentra con chilenos fuera de Chile experimenta una alegría y una emoción. La alegría de encontrar compatriotas, de sentir su afecto, de sentir que el sentimiento chileno está vivo en ellos, que donde quiera que estén, están, de algún modo, representando a nuestra Patria. De emoción, porque pienso que vivir lejos de la Patria, aún para aquellos que tienen un trabajo estable y están en una situación personal satisfactoria, como entiendo es el caso de la mayoría de ustedes, siempre representa algo de ostracismo, representa una lejanía del hogar originario y provoca nostalgia, provoca anhelo, en alguna medida, de estar más, de volver, provoca una especie de ruptura con la vida diaria de la propia familia nacional.

Y esto se hace más doloroso, y es más cruel, en aquellos casos de gente cuya radicación fuera de Chile no ha sido voluntaria, sea porque fueron exiliados por decisión de autoridad, sea porque las circunstancias no les permitieron seguir realizando su vida en Chile, y el exilio, aunque no autoritario, les resultó una imposición de sus propias circunstancias de vida.

Yo quisiera expresarles que siento que Chile no es sólo los 12 ó 13 millones de habitantes que vivimos en la tierra chilena, sino que es la comunidad de todos los chilenos desparramados a lo largo del mundo. Y siento que esta realidad, que es como la vigencia de la propia familia, debemos encontrar manera de encarnarla en las propias acciones del Estado chileno.

Celebro, felicito y agradezco la actuación del conjunto que aquí demostró que el folklor nacional, la música chilena, el baile

chileno, está vigente aún aquí en esta ciudad que de algún modo es como la capital del mundo, que es Nueva York.

Yo recuerdo que cuando vine, hace ya mucho tiempo, el año 69, encabezando la delegación de Chile a la Asamblea de Naciones Unidas, entre Septiembre y Diciembre de ese año, había aquí, no recuerdo si en la Primera o Tercera Avenida, un Restauran que se llamaba "Curacaví", donde comí unas empanadas, unas cazuelas muy sabrosas. Después pasé por el lugar, pero parece que allí hay un nuevo rascacielos, y no sé qué ocurriría con aquel Restauran. ¿Está en Vitacura...? Pero, en todo caso, eso que entonces vi lo veo hoy expresado en el conjunto que actuó, lo veo expresado en tanta gente que con tanto cariño me ha saludado. Aquí he encontrado hijas de amigos míos, he encontrado ex alumnos míos del Instituto Nacional y de la Escuela de Derecho, y siento cierto optimismo y cierta alegría y se me confirma en este hecho de que el chileno tiene capacidad para enfrentar las circunstancias y superarse.

Es satisfactorio que hay tanto chileno que se ha abierto camino en un mundo tan difícil y competitivo, como es el de esta ciudad, y en ese sentido un motivo de satisfacción y de orgullo nacional.

Yo quisiera decirles muy brevemente en qué estamos. La tarea de consolidar la democracia en Chile es una tarea difícil, no porque no haya un sentimiento democrático inmensamente mayoritario en el país, sino porque las circunstancias del proceso de transición chilena son muy originales y porque los obstáculos que tenemos en el camino son serios.

Estamos haciendo una transición absolutamente sui generis, atípica. Generalmente los gobiernos democráticos surgen, después del derrumbe de los gobiernos autoritarios. En Chile, después de las jornadas que se iniciaron el 83, llegó un momento en que quedó en claro que las posibilidades reales de avanzar hacia un sistema democrático eran más efectivas si optábamos por el camino que se escogió, de ganar la victoria democrática dentro de las propias reglas del juego que el sistema autoritario había impuesto.

Fue lo que hicimos, y los triunfos del 5 de Octubre del 88 y del 14 de Diciembre del año pasado, demostraron que tuvimos razón al seguir ese camino. Pero, al mismo tiempo, ese camino significa limitaciones, significa que hemos aceptado una institucionalidad que tiene aspectos que no son plenamente democráticos y que de algún modo limita la autonomía y la plena capacidad de obrar del Gobierno democrático.

Frente a eso, hemos optado por tratar de seguir avanzando por la vía de la búsqueda de acuerdos para superar los conflictos. Si nos empeñábamos nuevamente, para lograr saltar en forma rápida todas esas vallas con que nos hemos encontrado, en reanudar una confrontación aguda, podíamos triunfar, pero podíamos volver atrás en la división entre los chilenos.

Y yo creo que Chile, lo que predomina en el espíritu de los chilenos, es el ánimo de reencuentro, el ánimo de construir una sociedad fraterna, el ánimo de respetarnos en nuestras diferencias, pero entender que es más lo que nos une que lo que nos separa. Y por eso, tanto en el campo social, en las relaciones entre trabajadores y empresarios, como en el campo político, en las relaciones entre Gobierno y oposición, estamos procurando poner el acento en lo que une, respetar las diferencias, pero tratar, dentro de la línea de orientación fundamental, de las metas que perseguimos, de buscar el máximo de acuerdos posibles y de ir avanzando por la vía del entendimiento.

Hasta aquí yo diría que el método está siendo eficaz, que se ha creado un nuevo tipo de relación humana entre los chilenos, que hay adversarios pero no enemigos, que los adversarios nos respetamos, hablamos e, incluso, somos amigos, que incluso en los puntos más delicados que suscitan mayor conflicto natural, por las implicancias humanas, morales, de sufrimiento que entrañan, el camino de la Comisión de Verdad y Reconciliación, el trato respetuoso entre las nuevas autoridades de Gobierno y quienes ejercieron el poder antes que se constituyera el nuevo Gobierno, han sido medios que están conduciendo a crear una nueva realidad que nos ofrece porvenir y posibilidades en nuestra Patria.

La tarea que tenemos es muy complicada, porque para consolidar efectivamente una democracia estable, hay que ser capaces de conciliar, simultáneamente, libertad en lo político con justicia en lo social, con progreso en lo económico. Insisto en todas partes en esta trilogía, porque creo que es esencial que todos la comprendamos, y por ello, y porque creo que es un tema que trasciende a Chile, y que compromete a todos los países en vías de desarrollo, me referí a la materia en mi discurso hoy día en las Naciones Unidas.

Puede haber democracia en lo político, pero si no somos capaces de impulsar el crecimiento de nuestra economía para que el país disponga de más recursos para elevar el nivel de vida de sus habitantes, esa democracia será débil, puesto que surgirán los conflictos por la insatisfacción de las necesidades, caeremos en la tentación populista, vendrá el desencadenamiento de la inflación y la parálisis económica, con todo el cortejo de desastre que ello implica.

La experiencia de otros países que han pasado a la democracia nos ha hecho tener la firme decisión de evitar la tentación populista y de considerar que es fundamental para el éxito de nuestra empresa, y para asegurar la consolidación de la democracia, poder mantener lo que se llama los equilibrios macroeconómicos y, sobre todo, evitar el desencadenamiento de la inflación.

Pero, por otra parte, no sacaríamos nada con intentar impulsar el crecimiento económico si la mayor parte de la población del país no se siente vitalmente comprometida en el esfuerzo para lograrlo. Si ve que el crecimiento beneficia a unos pocos, o a unos muchos, pero deja a buena parte del país al margen, sólo en la medida en que haya justicia social, es decir, en que los frutos del crecimiento alcancen a todos y no sólo a un sector, y en que los sectores más postergados tengan acceso a condiciones de vida verdaderamente humanas, en que la atención del mayor valor que tiene el país, que es su gente, tenga una prioridad fundamental, especialmente en el ámbito de la salud, de la educación y de la vivienda, si no hacemos eso, cualquier crecimiento económico va a ser feble, porque va a llevar en sí el riesgo de graves conflictos sociales que provoquen inestabilidad en lo económico, y crisis en lo político.

Luego tenemos que batirnos tratando de conciliar la búsqueda simultánea de esos tres objetivos y, al mismo tiempo, tratar de solucionar los problemas que vienen del pasado, en el orden de los derechos humanos, en el orden de las personas que han perdido su libertad, en el orden de los derechos de los exiliados, y el anhelo natural de retornar a la Patria, en el orden de la creación de condiciones que permitan doblar la hoja, respecto del pasado, pero no mediante un simple borrón y cuenta nueva, como si nada hubiera sucedido, sino sobre la base del conocimiento de la verdad...

En esa tarea estamos, en esta tarea esperamos contar con la colaboración, en mayor o menor medida, de todos los chilenos.

Dentro del país hay espíritu de entendimiento y yo creo que la gente siente que vale la pena un poco de paciencia y mucho de esfuerzo para cumplir esta tarea.

Yo espero que los chilenos que viven fuera de la Patria también nos aporten, junto con expresiones de simpatía, como las que hoy día hemos recibido de parte de ustedes, las luces de sus experiencias, de sus ideas, de sus iniciativas, de sus sugerencias, que siempre serán bien recibidas, y que constituyen un grano de arena para ir realizando la tarea común.

Una vez más, gracias a todos, gracias por este afecto, que yo entiendo que es el afecto propio de la familia que se reencuentra con quien, por decisión de sus compatriotas y con la ayuda de

Dios, tiene la tremenda responsabilidad y el alto honor de simbolizar este anhelo de libertad, de justicia, de solidaridad, de construir una Patria buena para todos los chilenos.

Muchas gracias.

* * * * *

NUEVA YORK, 28 de Septiembre de 1990.
MLS/EMS.